

LA HERENCIA ISLÁMICA

El impacto de la cultura árabe en Occidente ha salido a la luz gracias en gran parte a la erudición occidental. Ya en el siglo XVIII, el jesuita Juan Andrés había señalado en su *Origen, progreso y estado actual de la Literatura Universal* varios elementos de dicha cultura en la literatura europea. En el siglo XIX, el orientalismo occidental comenzó a descubrir y destacar la herencia islámica, que, por su gran dimensión y calidad, se ganó la admiración de los eruditos. Al avanzar la investigación y disponer de más materiales, los estudiantes ganaron conciencia de las aportaciones árabes a Occidente y de la interacción cultural en las varias disciplinas de la filosofía, literatura, astronomía, medicina, arte y arquitectura. En su obra monumental, *Introducción to the History of Science*, Sarton expone la calidad y cantidad de tales contribuciones; y las obras de Asín Palacios, Ribera, González Palencia, Farmer, Nykl y *The Legacy of Islam*, escrito por destacados especialistas occidentales, también tratan de varios aspectos del influjo cultural árabe.

Si observamos un mapa mundial actual, no podemos dejar de constatar la enorme influencia que ha tenido el Islam en una inmensa parte del mundo. Esta área se extiende desde Indonesia en el Este, hasta el océano Atlántico en el Oeste, y abarca partes de China, la India, la Unión Soviética, Afganistán, Irán y todo el mundo árabe. El Islam dejó su huella en la cultura e instituciones de esos países con diferente intensidad y sus adeptos sobrepasan los quinientos millones. Solamente el mundo árabe –Iraq, Siria, Jordania, la península árabe y los estados norteafricanos de Egipto, Sudán, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos– cuenta con una población de alrededor de ciento treinta millones de personas de habla árabe y que están profundamente influenciados por el Islam y su cultura.

La cuestión de la influencia es difícil de calibrar y debemos, por tanto, aclarar su sentido. En términos generales puede significar el contacto y ascendiente de una sociedad respecto a otra. Para que esta influencia sea palpable son necesarios unos requisitos previos –primero y especialmente, una geografía que facilite el intercambio humano; y segundo, un contacto entre las gentes, que puede ser de tipo político, comercial o cultural. Una vez existentes estos requisitos previos, podemos hablar de ósmosis, es decir, de dar y recibir. En cierto modo, el proceso se convierte en un enfrentamiento entre dos sociedades, en el que una de ellas aventaja a la otra en algunos aspectos, al mismo tiempo que también recibe su influjo. Ejemplos de esto pueden ser las confrontaciones de griegos y romanos con otros pueblos antiguos, y la confrontación de los árabes con Occidente en épocas medievales y modernas. En los tres casos, unas minorías en contacto con pueblos de diferentes culturas y lenguas fundaron grandes imperios de enormes extensiones. Invariablemente, al final, la minoría conquistadora sucumbió ante la mayoría, pero conservó ciertos rasgos propios que se convirtieron en el distintivo de su civilización. Según estos procesos, nacieron culturas compuestas bajo las que podemos llamar Pax Hellénica, Pax Romana o Pax Árabe.

Los árabes del siglo VII eran una minoría primitiva y atrasada, pero durante los siglos VII y VIII consiguieron fundar un vasto imperio que se extendió desde el río Indo hasta el océano Atlántico, y desde el mar de Omán hasta los confines de Turquía y el Cáucaso, imperio que incluyó España durante casi ocho siglos, Sicilia durante más

de doscientos años y Creta durante ciento veinticinco años. Su extensión fue mayor que la del imperio establecido por Alejandro Magno, o la del Imperio Romano en su momento cumbre. Aunque los conquistadores sucumbieron ante las culturas de los territorios conquistados, conservaron tenazmente su lengua, el árabe, y su religión, el Islam, y estos dos elementos se convirtieron en los rasgos distintivos de su cultura, habiendo influido enormemente en la vida y el pensamiento de los pueblos árabe-musulmanes a lo largo de los siglos.

La lengua árabe ha gozado en épocas medievales y modernas de un universalismo que puede ser comparado favorablemente con el de las grandes lenguas mundiales –el griego y el latín en la antigüedad; y el francés, el inglés, el español y el ruso en los tiempos modernos. Y esto no sólo porque sus hablantes actuales son cerca de más de cien millones, sino también por su lugar en la historia y su importante papel en la sociedad árabe-musulmana. No sólo ha acompañado al Islam, que ha acrecentado su influencia en muchas partes del mundo, sino que también conserva una de las grandes literaturas mundiales. En el medioevo, la arabización avanzó a la par que la islamización, y a veces la superó, ya que los no musulmanes –principalmente judíos y cristianos– emplearon el árabe como instrumento de expresión intelectual. En cuanto al Islam, fue una continuación de la tradición judeocristiana. Para el musulmán, el Islam es la realización y la culminación de la revelación divina; es religión, estado, cultura y norma de vida. Es necesario, llegados a este punto, estudiar los aspectos culturales, su formación de una unidad distintiva, y su subsiguiente impacto en Occidente.

En primer lugar, la cultura musulmana es una cultura mixta. Surgió en los siglos IX y X como un poderoso río que debe su existencia a la unión y fusión de numerosos afluentes –es decir, a numerosos elementos orientales y occidentales. Se originó en la península árabe, siendo el árabe y el Islam sus rasgos más notables; y aunque modesta y primitiva en sus comienzos, ganó dimensión y profundidad con la expansión del Islam en los siglos VII y VIII, convirtiéndose en una de las grandes culturas mundiales. Sus componentes tienen diversos orígenes:

1.- El antiguo Oriente Próximo, que abarca las culturas de los egipcios, sumerios, akkadios, fenicios, hebreos, pueblos arameo y siríacoparlante, etc.

Estos pueblos legaron mucho a la posteridad, y son importantes el alfabeto, el concepto de monoteísmo, las leyes codificadas y otras manifestaciones literarias y científicas.

2.- Grecia, cuya influencia se hizo sentir en las ciencias y la filosofía, que fueron traducidas del griego al árabe desde el siglo VIII hasta el X. Las grandes obras de los sabios antiguos fueron conocidas en árabe; Platón y Aristóteles en filosofía; Galeno en medicina, Tolomeo en geografía y Euclides en matemáticas, entre otros.

3.- Persia, cuyo influjo se hizo sentir por contacto directo en los tratados de historia y la literatura en la sabiduría que trata del gobierno y la conducta del gobernante.

4.- La India, que contribuyó con el famoso libro de fábulas *Kalilah wa-Dimnah*, y otras narraciones que llegaron a gozar de gran popularidad en la literatura mundial.

También aportó tratados de astronomía, máximas, muchos productos agrícolas, y los llamados números árabes.

5.- La China, que contribuyó con el papel y las técnicas para fabricarlo.

6.- Bizancio, que, aunque en guerra con el Islam, aportó muchos aspectos de sus instituciones.

Algunos eruditos destacan los elementos extranjeros en la cultura islámica, y tienden a negar a ésta cualquier tipo de mérito o valor explícito; y otros que se dignan concederle algún mérito, señalan a los grandes intelectuales del Islam, aduciendo que no fueron árabes. Pero el discutir que nada hay nuevo bajo el sol, o que tal o cual persona es de tal o cual sangre, es vano y conduce a nada. Lo importante es que el ambiente intelectual y cultural tras el escudo del Islam permitió a todos los componentes de la sociedad participar y desarrollar sus aptitudes. En este ambiente, prevalecieron una unidad de pensamiento y una perspectiva intelectual uniforme, que rebasaron las fronteras étnicas y religiosas. Esta situación fue similar a la creada anteriormente por griegos y romanos, bajo cuya protección la cuenca mediterránea se convirtió en suelo fecundo para la civilización y el intercambio de ideas. Anteriormente a los griegos y romanos, otros pueblos habían tenido la preponderancia en esta área y habían sufrido enfrentamientos, no sólo en sentido militar, sino también cultural. Habían impuesto su sello a los conquistados, y, al mismo tiempo, recibido de ellos muchos elementos produciendo así una nueva cultura cuyo éxito dependía siempre de su atractivo universal. **En esto consistió exactamente la naturaleza de la cultura islámica: tuvo carácter universal y atrajo a muchas gentes de diversos orígenes lingüísticos y culturales. El mero hecho de que los pueblos arábigo-musulmanes tomaron mucho prestado e hicieron buen uso de ello tiene una importancia capital, ya que fueron capaces de forjar una síntesis cultural a la que revistieron de islamismo. Es también importante el hecho de que los arábigo-musulmanes demostraron ser ávidos estudiantes que apreciaron y amaron grandemente la sabiduría. Fueron perfectamente conscientes de su deuda para con otras gentes (por ejemplo, Aristóteles fue muy respetado y reverenciado como el primer maestro).**

En los siglos IX y X, las ciencias en lengua árabe eran tan numerosas que los eruditos árabes sintieron la necesidad de clasificarlas según dos categorías principales: las ciencias árabes y las extranjeras traducidas al árabe. Sus contribuciones fueron, por lo tanto, enormes -si no en cuanto a originalidad, sí en cuanto al cultivo y conservación de las ciencias de los antiguos sabios, y a la transmisión de éstas a Occidente. Además, los eruditos arábigo-musulmanes trabajaron en los importantes centros urbanos de una civilización magnífica y refinada. **Fueron fundadas ciudades nuevas como Bagdad y el Cairo, que llegaron a ser famosas por su esplendor; y, en el siglo X, Córdoba con sus hospitales, universidades, maravillosas mezquitas y palacios, bibliotecas y baños públicos y hermosos jardines y paseos, aventajaba en brillo a Constantinopla. Todas esas comodidades existían en las principales ciudades de la España musulmana, y ayudaron a crear el ambiente intelectual que produjo las más destacadas mentes andaluzas.**

Es importante señalar que, mientras esta gran civilización gozaba de intensa actividad intelectual y florecimiento cultural, Europa atravesaba los llamados siglos de la superstición y la ignorancia, o período de transición, y permaneció indiferente a las voces de los grandes pensadores del pasado y a los enfoques metódicos y científicos. Esta actitud duró desde tiempos de San Agustín hasta cerca del siglo XIII. El hombre occidental se hallaba preocupado con el teocentrismo de la Iglesia, hasta el punto de descuidar el antropocentrismo del período clásico por considerarlo a falta de la Verdad Suprema. Durante siglos, la verdad -dentro del contexto de la política eclesiástica- sólo pudo concebirse como la fe, en oposición a la razón. Es más, la validez de esta última como instrumento capaz de percibir la verdad no ganó ascendiente hasta el siglo XIII, **cuando el conflicto entre fe y razón fue virtualmente resuelto por Tomás de Aquino, que les debió mucho a los filósofos musulmanes, principalmente Averroes.**

El proceso de cambio en Occidente comenzó a finales del siglo XI, cuando, mientras los pueblos musulmanes sufrían un retroceso en sus empresas, los países europeos hacían grandes avances en los campos político, social e intelectual. El hombre occidental se alzó en su papel de conquistador y emprendió el camino de la secularización. Los mercaderes italianos de Pisa, Venecia y Génova crearon su propia flota comercial, acabando así con el monopolio musulmán en el Mediterráneo. El largo enfrentamiento entre musulmanes y cristianos comenzó a resolverse a favor del Occidente cristiano: en España, Alfonso VI no sólo conquistó la importante ciudad de Toledo en 1085, sino que consiguió convertir en tributarios suyos a todos los gobernantes musulmanes de la península; Sicilia cayó en manos de los normandos en 1091, y la Cruzada convocada en 1096 arrebató a los musulmanes la costa de Siria-Palestina. **Aunque estas conquistas fueron hechas en nombre de la religión, los gobernantes cristianos mostraron una notable independencia del hasta entonces estricto control eclesiástico. Trabaron amistad con gentes de cultura árabe y hicieron uso de ellos para la transmisión del saber árabe a Occidente. Los occidentales comenzaron a investigar los factores responsables de los pasados éxitos del Islam y a entablar un diálogo de esclarecimiento. Esto condujo a la traducción al latín de libros árabes sobre diversas disciplinas y a la subsiguiente fundación de universidades donde estas tradiciones fueron estudiadas y comentadas.**

Las Cruzadas contribuyeron en muy poco a la transmisión de las ciencias a Occidente, pero su impacto en el modo de pensar y de vivir del hombre occidental no puede ser menospreciado. El largo contacto entre musulmanes orientales y cristianos occidentales, tuvo como resultado un amplio intercambio. **Los peregrinos, en su constante ir y venir, transportaron con ellos objetos de todas clases en orfebrería, textiles, tapicería, semillas, etc. Un hecho poco conocido es que Salah al-Din, el conquistador de Jerusalén, se convirtió en la personificación de la caballería en Occidente, e incluso el Dante le libra del fuego del infierno en su *Divina Comedia*.**

Por otro lado, Sicilia y España sirvieron de puente entre Oriente y Occidente, con los principales centros de transmisión en Palermo y Toledo, respectivamente. En el siglo XI, Constantino Africano, renegado tunecino y monje, pasó varios años en Salerno, comenzando en 1070 la traducción de varias obras árabes al latín, inaugurando así un proceso que continuó bajo los reyes normandos, principalmente Roger II (1101 – 1154) y Federico II (1215 – 1250). Ambos gobernantes son conocidos como los “dos sultanes

bautizados en Sicilia”, debido a la fascinación que sintieron por la cultura árabe; y se rodearon de eruditos judíos, musulmanes y cristianos que se dedicaron a traducir obras árabes al latín. Aún más importante, Federico fundó la Universidad de Nápoles en 1224 y le concedió una cédula real, proveyéndola de un programa de estudios orientales, y animando a los eruditos a continuar sus investigaciones y estudios. En esa universidad estudió Tomás de Aquino y se puso en contacto con el contenido de las obras árabes.

Simultáneamente se llevaban a cabo actividades similares en España. En este país arabizado, bajo la ocupación musulmana durante siglos, los procesos de transmisión e intercambio cultural tuvieron sus mejores y más eficientes manifestaciones. Aunque el poderío musulmán comenzó a declinar a partir del siglo XI, España continuó siendo centro de atracción para los eruditos ingleses, franceses, alemanes e italianos que vinieron a aprender árabe o a dedicarse a traducir. Gobernantes cristianos como Alfonso VII (1126 – 1157) y sus sucesores alentaron las actividades intelectuales, y muy a menudo las patrocinaron. A este respecto, la ciudad de Toledo ocupó el lugar de honor en el proceso de transmisión. **Su arzobispo Raimundo (1130 – 1150) reunió un grupo de traductores, fundando así una institución parecida a “la Casa de la Sabiduría” (Bayt al-Hikma) establecida por el califa al –Ma’mun en Bagdad en el siglo IX. En esta escuela fueron traducidas al latín o al romance toda suerte de obras árabes sobre matemáticas, astronomía, medicina, alquimia, física, ciencias naturales y filosofía;** y un gran número de ellas lo fueron por Dominicus Gundisavus y Gerardo de Cremona, entre otros. El primero ocupó el puesto de director de la Escuela de Traductores fundada por Raimundo, y al segundo (1114 – 1184), nacido en Italia, se le atribuye haber traducido al latín unas setenta obras sobre diversos temas. También hubo otros traductores, como Juan Hispano, un judío converso.

Toledo se convirtió en La Meca de los eruditos y allí residían Abelardo de Bath y Miguel Escoto, ambos ingleses, y Pedro el Venerable, abad de Cluny. **Sus actividades junto a las de otros, introdujeron un período de gran interés intelectual, que tuvo inmensas repercusiones en el desarrollo del pensamiento occidental.** Les siguieron Alfonso X, Raimundo Martín (1230 – 1286), “cuyo conocimiento de los autores árabes no ha sido igualado en Europa, posiblemente, hasta la época actual”, y Ramón Lull (1235 – 1315), que dominó el árabe escrito y hablado y fundó una escuela de estudios orientales.

Ya en el siglo XIII, había sido resucitado el clasicismo a través del árabe, y Aristóteles recuperó el lugar que le correspondía en el pensamiento occidental, convirtiéndose en una autoridad inferior solamente a la Biblia. Esta admisión del clasicismo y de los elementos árabes en la filosofía, la medicina, la astronomía, las matemáticas y otras disciplinas, es sumamente interesante, y da una nueva perspectiva a la herencia clásica y el saber árabe.

Es importante señalar que la actitud del Occidente del siglo XIII hacia el Islam como religión siguió siendo amarga y negativa, mientras que la actitud hacia el saber árabe fue más y más positiva. Este cambio implicó la aceptación de la herencia clásica, hasta entonces prohibida por la iglesia y ahora disponible principalmente debido a la traducción de libros árabes al latín y otras lenguas europeas. Estas dos actitudes, al parecer contradictorias -el antagonismo al Islam y la simpatía por el saber árabe- son evidentes en los escritos de tres importantes representantes del siglo XIII: Alfonso X

(1226 – 1288), Tomás de Aquino (1225 – 1274) y el Dante (1265 – 1321). Estos hombres fueron ante todo cristianos que concibieron el Islam como una falsa religión fundada por un hombre ignorante y falto de escrúpulos; y, sin embargo, su deuda con los escritos árabes fue inmensa. Alfonso X nació en Toledo, centro, desde hacía tiempo, de la cultura árabe, incluso tras su caída en manos cristianas; y estuvo en contacto con musulmanes, judíos y cristianos que conocían a fondo la cultura arábiga, y que se dedicaban a la tarea de traducir obras árabes al romance, o a resumirlas. Debido a estos esfuerzos culminó el proceso de transmisión. Alfonso X fundó una escuela en Sevilla, en la que los estudios árabes tuvieron un lugar preeminente en el plan de estudios; **pero su éxito más destacado fue la traducción de obras árabes, no sólo al latín, sino también al romance y al francés.** Entre las principales obras traducidas bajo su protección podemos mencionar el libro de fábulas *Kalilah wa-Dimnah*, obras de astronomía y el *Mi'rach* (la ascensión de Mahoma a los siete cielos).

La perspectiva intelectual de Alfonso X se manifiesta claramente en sus escritos y en las obras llevadas a cabo bajo su protección, que reflejan el saber enciclopédico árabe de la época y abarcan la historia, astronomía, mineralogía, astrología, poesía, juegos y equitación. Su dependencia de las obras árabes es evidente en sus *Cantigas* y en los libros de astronomía, astrología, ajedrez y otras materias.

En su *Summa contra gentiles*, Tomás de Aquino formula graves dudas contra las profecías de Mahoma, y describe a los árabes como “hombres brutales que viven en el desierto”, aunque conscientemente cita autores árabes, e inconscientemente asimila sus opiniones. Estuvo claramente influenciado por los filósofos árabes en el intento de reconciliar la fe y la razón –tema del que ya se ocupó en Oriente al-Kindi en el siglo IX, y en al-Andalus Ibn Hazm en el siglo XI, y Averroes y Maimónides más tarde.

Dante refleja este antagonismo al Islam y la simpatía por el pensamiento árabe en la *Divina Comedia* y en el resto de sus obras. Por un lado condena al Infierno a Mahoma, junto a aquellos que habían sido causa de discordia y lucha, en un lugar lleno de sangre donde los pecadores exhiben sus heridas. Despoja al Profeta de toda dignidad.

No se ve tan vacío un tonel que ha perdido las tablas de su fondo como vi a uno de los condenados abierto todo desde la barba al pubis. Colgábanle los intestinos entre las piernas y la asquerosa parte del vientre que convierte en mierda lo que se come. Mientras que fijamente estaba contemplándole, miróme, y abriéndose el pecho con la manos dijo: “Mira cómo me desgarró, mira a Mahoma cuán despedazado está”.

Por otra parte, aunque también trata duramente a algunos de los seguidores de Mahoma, muestra una consideración especial por otros, como Salah al-Din y los dos grandes filósofos musulmanes Ibn Sina (Avicena) e Ibn Rushd (Averroes), a los que coloca en el Limbo, “una noble ciudad” para unas nobles cuya única culpa fue la falta de bautismo. Aquí, esos “virtuosos” musulmanes se hallan junto a los grandes pensadores de la antigüedad, como Tales, Anaxágoras, Heráclito, Demócrito, Sócrates, Platón, Zenón, Tolomeo, Galeno y otros.

Esta tolerancia para con los grandes hombres de la antigüedad en general, y en particular con ciertos pensadores musulmanes, es ciertamente una desviación de la condena absoluta anterior; y, por lo menos, reconoce el mérito del saber árabe. De hecho, **el propio Dante debió de ser consciente de que el tema de su *Divina Comedia* estaba inspirado en una leyenda árabe describiendo el *Mi'rach*.**

A este respecto, es interesante mencionar que el gran erudito español Asín Palacios provocó una conmoción en los círculos académicos con la publicación, en 1919, de *La escatología musulmana en la Divina Comedia*, en la que sugiere que la clave de esta obra puede hallarse en la literatura árabe, especialmente en el *Mi'rach*. La controversia que provocó esta sugerencia duró casi una década y se calmó solamente cuando los eruditos Muñoz Sendino, español, y Ceruli, italiano, presentaron más pruebas en defensa de la tesis original de Asín Palacios. La posibilidad de tal lazo entre la obra del Dante y la leyenda musulmana estaba lejos de ser remota, ya que el *Mi'rach*, en una versión muy adornada, estuvo de moda en España y Sicilia, dos lugares con los que Dante tuvo contacto directo o indirecto. Él mismo visitó Sicilia y le eran familiares las principales figuras musulmanas; su maestro Brunetto Latini residió durante algún tiempo en la corte de Alfonso X, el cual tradujo e incluyó el *Mi'rach* en su *Crónica General*. Asín Palacios señaló además el estrecho paralelismo de las dos obras: tanto Mahoma como el Dante despiertan de un profundo sueño y emprenden sus viajes acompañados por un guía, y ambos narran sus aventuras en primera persona. También existen similitudes entre los castigos a idénticos pecados, y en la descripción de lugares y situaciones. Algunos detalles se parecen a otros que encontramos en *al-Futuh* del gran místico Ibn Arabi.

Alfonso X, Tomás de Aquino, el Dante, Roger Bacon y Alberto Magno son sólo algunos de los muchos pensadores occidentales que citaron profusamente a autores y temas árabes desde el siglo XIII al XVII; y, en efecto, muchas obras árabes de las que ha desaparecido el original, aún existen en versiones latinas o hebreas. Todo esto sugiere una amplia familiaridad con el saber árabe, cuyos efectos pueden verse en los ámbitos social e intelectual. No cabe duda de que por medio de la cultura árabe recibió Europa el ímpetu necesario para revivificar el clasicismo y para avanzar por el camino del desarrollo científico. Esta transfusión se llevó a cabo en un período durante el cual el mundo musulmán comenzaba a sumirse en un estado letárgico parecido al que experimentó Europa antes del siglo XIII, sino que ahora las posiciones se habían invertido, y el Oriente Próximo permaneció inactivo hasta el siglo XIX, cuando empezó a revivir y a enfrentarse al Occidente imitando su progreso.

Aunque la investigación acerca del impacto de la cultura islámica en la occidental está aún sin perfilar en muchos aspectos, se pueden distinguir varios elementos en el pensamiento medieval de Occidente. La lengua árabe es, quizás, el mejor medio para descubrir la transmisión e intercambio de ideas, ya que abarca una enorme cantidad de material que muestra la gran ósmosis cultural que tuvo lugar en tiempos medievales, y que aún hoy continúa. **La lengua muestra la amplitud de sus deudas y de sus contribuciones a un gran número de otras lenguas. El español y el portugués, por ejemplo, tienen una enorme cantidad de palabras que, o bien son de origen árabe, o fueron transmitidas por medio del mismo.**

Los elementos lingüísticos árabes no se abrieron camino en las lenguas europeas por simple casualidad, sino como consecuencia del intercambio social y los intentos conscientes de copiar una cultura superior, lo cual se logró gracias a la traducción de las obras árabes al latín, proceso que revolucionó el pensamiento del hombre occidental y su actitud ante las ciencias. Se pueden mencionar algunos ejemplos en relación con esto. **En la época anterior al siglo XII, en la que las enfermedades eran consideradas en Europa como una maldición diabólica para las que era necesario un sacerdote que expulsase al demonio, la medicina se convirtió en ciencia entre los árabes, requiriendo una cuidadosa preparación y titulación, y liberándose de la superstición gracias a la experimentación y la observación. Se construyeron hospitales en las principales ciudades del imperio, y la literatura médica era variada y amplia. Libros como el *Canon* de Ibn Sina y el *Continens* de al-Razi fueron traducidos al latín y empleados en algunas universidades europeas como libros de texto en fecha tan avanzada como el siglo XVII.**

En filosofía, las obras de al-Kindi, al-Farabi, Ibn Sina, Ibn Bachchah, Ibn Tufayl y Averroes llegaron a ser famosas en Europa y tuvieron una influencia considerable tanto en el Escolasticismo cristiano como en el resurgir del estudio de la filosofía.

Tampoco pueden menospreciarse las contribuciones árabes a la geografía ya que, aunque algunos conceptos geográficos provienen de Tolomeo, se añadieron nuevas ideas a su conocimiento. **Aparte de la geografía teórica, los geógrafos musulmanes reunieron una vasta información nueva sobre lugares lejanos, sus gentes y costumbres; ilustrando sus obras con mapas, y describiendo detalladamente las carreteras, ríos, montañas y monumentos.** En el siglo XII, Roger II de Sicilia encargó a al-Idrisi de recopilar para él los conocimientos geográficos de su tiempo, y éste escribió un libro ilustrado con unos setenta mapas, que dedicó a su protector. **Los musulmanes advirtieron y aceptaron la redondez de la Tierra, a la que compararon con la yema de un huevo;** hecho que puede haber tenido un papel importante en el descubrimiento de América.

La influencia árabe también se hizo sentir en las matemáticas y la astronomía. Los números árabes, que deberían ser llamados indo-árabes, y el álgebra, que es una corrupción del vocablo árabe al-chabr, aún se emplean en todo el Occidente; y muchos términos de astronomía son también de origen árabe, como “Betelgeuse” (*bayt al-chawza*), “cenit” (*al-samt*) y “nadir” (*nazir*).

La influencia de la poesía árabe y del tipo de literatura de las bellas letras (adab) es evidente en diversas literaturas europeas y en la española en particular. La estrofa popular conocida como *zéjel* o *muwashshah*, que puede haber sido una invención andaluza, se parece en forma y contenido a las empleadas por los juglares españoles, franceses e italianos. El amor cortés halló elocuente expresión en el *Tawq al-hamamah* (*El collar de la paloma*) del brillante Ibn Hazm; y varios elementos de la obra aparecen en la temprana literatura española; el amor puro, la alcahueta, el sufrimiento de la separación y la sumisión del amado a la amada.

Quizá la más clara influencia árabe en los comienzos de la literatura española se halle en las fábulas, anécdotas, moralejas, proverbios y narraciones de carácter novelesco, épico y picaresco.

Relacionado con esto está el *Kalilah wa-Dimnah*, obra de origen indio consistente en fábulas, cada una de las cuales acaba con una moraleja, y que fue traducida a varias lenguas europeas (hebreo, latín, español, francés, etc.), influyendo al parecer profundamente en la literatura europea en general y en la española en particular. Esta influencia puede ser detectada en el *Libre de les maravilles* de Ramón Lull, *El Conde Lucanor* de Don Juan Manuel (hacia 1282 – 1349), *El Libro de los Gatos* y *el Libro de los Exemplos* de Sánchez de Vercial, y el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz. Dicha influencia se aprecia también en la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso, consiste en proverbios y consejos.

También es importante el *Sindbar*, asimismo de origen indio, y conocido en España bajo el título de *Libro de los engannos y assayamientos de las mugeres*, cuya traducción más antigua fue hecha en 1253 por don Fadrique, hermano de Alfonso X, y que apareció después en varias versiones españolas, y en hebreo, persa, turco, latín, italiano, alemán, inglés y francés. Conocido a menudo bajo el título de *Libro de los Diez Sabios o Diez Visires*, el *Sindbar* consta de veintiséis narraciones que cuentan los engaños y astucias femeninos que tienen lugar alrededor de un rey que no tenía hijos. Una noche soñó que tendría un hijo que sería afortunado tras un gran infortunio. El sueño se cumplió, y el hijo le fue confiado a Sindbar, el cual se comprometió a enseñarle todo al joven en siete semanas, a condición de que el rey actuase de modo justo con sus vasallos, y consultase a sus visires antes de tomar decisiones. Sindbar comienza a educar al muchacho, pero, adivinando un grave peligro para éste, le ordena no decir palabra pase lo que pase. La desgracia ocurre al pasar el muchacho a través de harén y ser tentado por una madrastra apasionada. Él rechaza sus insinuaciones, pero ella le acusa de haberla deshonrado; y, conducido ante la justicia, es condenado a muerte. Los visires interceden por él y ruegan se posponga la ejecución; y hablan al rey de los engaños de las mujeres, hasta que se descubre la verdad. El muchacho es declarado inocente y se le concede el poder de gobernar, mientras que la concubina es exiliada o ejecutada. La moraleja de la narración es que no se puede confiar en las mujeres.

La historia de Barlaam y Josafat, que trata de la leyenda de Buda, parece haber influido en *El Libro de los estados* de Don Juan Manuel. Se trata de una leyenda formada por parábolas, y que tiene como objeto el amor espiritual y la abnegación. El padre de Buda era un rey que predijo que su hijo sería un hombre famoso, y ermitaño; e intentó evitar esto último encerrándole en el hermoso jardín del palacio rodeado de toda clase de distracciones y deleites, haciendo que se olvidase del sufrimiento y la miseria humanos. Pero un día, Buda salió de su encierro y vio un hombre enfermo, otro al que llevaban a enterrar y un mendigo. Entristecido ante estos hallazgos, comenzó a reflexionar acerca de la vida y sus tribulaciones, convirtiéndose en ermitaño con la esperanza de llegar a conocer el auténtico sentido de la existencia.

No puede dejar de mencionarse *Las mil y una noches*, que tan de moda estuvo en Europa, ni olvidar las muchas leyendas e historias traducidas del árabe al aljamiado y que eran corrientes entre los moriscos.

En suma, hay mucho por hacer en el campo de los estudios hispano-árabes, y esta obra es sólo un intento de proporcionar un informe descriptivo de la historia y la cultura de la España musulmana, con la esperanza de que conduzca a ulteriores estudios de muchos aspectos importantes de la España medieval. Se ha prestado especial atención a hechos básicos que, esperamos, permitan al lector hacerse una idea clara de la dimensión y profundidad de los estudios hispano-árabes y su significado para la historia de España en particular y la de Europa en general. Por razones obvias, la especulación, la interpretación y la teoría no entran dentro del objetivo inmediato de esta obra, y se han reducido al mínimo, aunque no podemos dejar de mencionar la diferencia de opiniones de los arabistas españoles en lo tocante al pasado árabe de su país. La obra de Monroe proporciona una amplia información sobre la erudición española en este campo, y la diversidad de pareceres acerca del período árabe. Algunos dicen que si al-Andalus produjo algo digno de mención, se debe al elemento español, con la exclusión de todo lo demás. Otros que están dispuestos a reconocer algunos aspectos positivos de los musulmanes, lamentan las desdichadas consecuencias de la presencia árabe en el carácter español y el curso posterior de la historia de España. La religión y el nacionalismo oscurecen los hechos históricos para aquellos eruditos que tienden de modo arbitrario a sublimar un período histórico en detrimento de otro, para acomodo de sus ideas preconcebidas. Por otro lado, los arabistas españoles pertenecientes a la escuela de Codera han aportado diversas contribuciones al tema con una comprensión y objetividad que les hace merecedores de la gratitud de la erudición. Admiten que el período árabe de la historia de España no fue estéril a fin de cuentas, y que tuvo una enorme importancia, influyendo en la literatura, la cultura y el propio carácter español.

Al-Andalus produjo una brillante cultura a la que dieron forma y dimensión multitud de elementos étnicos y figuras importantes. Los Abd al-Rahamanes, al-Hakam II e Ibn Amir fueron grandes estadistas, cultos y refinados, sin igual en ningún otro país europeo de su época. Fueron elegidos del destino que tuvieron un importante papel en la historia de al-Andalus, y cuyo impulso estuvo inspirado por el Islam y el árabe y por los hechos históricos de sus equivalentes musulmanes en el Este. Por consiguiente, el norte de España y el sur de Francia tuvieron poco que ofrecerles. Produjo también la España musulmana gigantes intelectuales que harían honor a cualquier cultura o país, y cuyo ingenio no tuvo nada que ver con su arabismo o su hispanismo, sino que debe su inspiración y guía a la corriente de la cultura islámica –que, a pesar de su gran variedad, gozó de una considerable unidad a lo largo y lo ancho del mundo musulmán. Esos hombres fueron el claro producto de aquella cultura que rebasó cualquier consideración étnica o biológica. Dicho de otro modo, uno puede preguntarse cuál fue la causa del desarrollo de los grandes centros urbanos de Córdoba, Sevilla y Granada, que tuvieron sus equivalentes en el mundo musulmán en ciudades como el Cairo y Bagdad, en una época en la que no se encuentra nada comparable en Francia, Alemania o demás países europeos. ¿Existió acaso en el norte de España o el sur de Francia alguna figura comparable a Ibn Hazm, Ibn Tufayl o Averroes? La realidad de la historia es que hubo una cultura islámica dominante en la España musulmana, que se nutrió del espíritu del Islam y de la magia de la lengua arábiga, y que fue capaz de absorber e integrar diversos elementos de varios pueblos y culturas. Una mirada a la Alhambra revela al observador tres cosas fundamentales: es andaluza vista a cierta

distancia, islámica cuando se mira de cerca y universal por la multiplicidad de magníficos detalles inspirados en y provenientes de fuentes no islámicas. En cierto modo es un microcosmos de al-Andalus.

Esto nos conduce a la cuestión de la identidad y la personalidad, las cuales poseía al-Andalus, aunque permaneció esencialmente musulmán en cuanto a su enfoque durante la mayor parte de la duración de la presencia musulmana. A pesar de ser independiente políticamente del resto del Islam, nunca se rebeló en contra de sus ideales y valores en un sentido religioso o intelectual. Incluso cuando alcanzó la independencia cultural del Este durante el siglo XI, nunca cesó de formar parte integral de la sociedad islámica, y los andaluces siguieron viajando a Oriente y estableciéndose en muchos lugares del mundo musulmán. Exploraron el norte de África y llevaron con ellos la técnica y los conocimientos de su brillante cultura andaluza; y su postura no fue muy diferente de la de muchos estados independientes o semiindependientes que existieron en el ámbito musulmán. A pesar de su vulnerabilidad a los ataques cristianos, permaneció fiel a un ideal, y luchó hasta el final contra fuerzas muy superiores. Mucho después de la Reconquista, los moriscos seguían desafiando las duras medidas de los inquisidores.

Pero la identidad y la personalidad de al-Andalus se reflejan en varios campos: en la fluidez y expresividad de sus literatos y poetas, que a menudo fueron superiores a los orientales; en el lirismo y el amor a la naturaleza, que expresaron en una poesía hermosa y sentimental, ya sea en su forma clásica o popular; en la individualidad de sus artes y su arquitectura, que inspiran asombro y respeto por un algo terreno y a la vez majestuoso y sublime; y en un espíritu de libertad que raya en la rebeldía. Pero esta individualidad fue producto de la diversidad: árabes, beréberes, mozárabes y judíos contribuyeron a su formación, haciendo de al-Andalus un importante centro cultural en territorio europeo, y al mismo tiempo un puente entre el Oriente islámico y el Occidente cristiano. En diversos grados fueron portadores de una gran cultura, a pesar de la constante animadversión que caracterizó a las relaciones entre la Cristiandad occidental y el Islam. Las repetidas guerras dentro y fuera de al-Andalus no impidieron el intercambio constructivo entre las dos religiones contrarias, que, de hecho aprendieron mucho una de otra a lo largo de un dilatado período. El viajar a y desde al-Andalus no requería pasaporte, ni estaba obstaculizado por la vigilancia de guardias fronterizos o los caprichos de ministerios de relaciones exteriores. El intercambio fue el resultado de las relaciones sociales, económicas, comerciales, diplomáticas y culturales. La Cristiandad fue un discípulo reacio cuando el Islam ostentaba la superioridad y viceversa. **Finalmente, ante el amplio cultivo de la geografía por los musulmanes, la noción común de la redondez de la Tierra, la extensión de los viajes a través del mundo entonces conocido, la técnica de la confección de mapas, el abundante empleo del astrolabio y del compás y las intensas actividades comerciales en el Mediterráneo y el Atlántico, uno puede preguntarse con justicia por las razones tras las hazañas de un Magallanes (hacia 1480-1521), o un Colón (1446-1506). En esta y otras áreas de transmisión, al-Andalus tuvo un papel importantísimo –que no puede ser menospreciado por nadie en el campo de la historia, la literatura comparada, la historia del arte, la música y las ciencias en general.**